

ro lleno de vicios. Martin de Villavicencio Salazar, alias Garatuza, como le decian sus compañeros debia figurar, y figuró como una notabilidad por sus crímenes en el siglo diez y siete.

Pero en medio de todo, era un tipo de lealtad, y de abnegacion para sus amigos, y para él, el Oidor era uno de ellos, cualquier sacrificio estaba dispuesto á hacer en servicio suyo, porque Martin era hombre de corazon.

VIII.

En donde el lector conocerá á la Sarmiento, y le hará una visita en su casa.

Por el lugar en donde ahora existe el Paseo de la Alameda, hubo en aquellos tiempos una especie de mercado miserable, y solo frecuentado por los indios, en un terreno invadido continuamente por las aguas de la laguna.

Se llamaba primero el tianguis de Juan Velazquez, y luego de San Hipólito, y estaba ya fuera de la traza.

Como quizá alguno de nuestros lectores, no sepan lo que era la traza, procuraremos darles de ella una idea.

Despues de la rendicion de México, la ciudad quedó casi reducida á escombros. Hernan Cortés trató de su reedificacion autorizado por el Emperador Carlos V, y comenzó por señalar el terreno que en ella debian ocupar las casas de los conquistadores, y el que debia ser para los conquistados.

Los españoles ocuparon el centro de la ciudad, y la línea que marcaba esta parte privilegiada, que era un gran cuadro separado de los demás, por una inmensa acequia, fué lo que se llamó la traza.

Dentro de la traza no podian vivir sino los españoles, ó al-

gunos de los vencidos que fueran de una muy elevada categoría, como el desgraciado Guatimocztin, último Emperador azteca.

Una parte del terreno que fuera de la *traza* ocupaba el mercado de San Hipólito, fué convertida en paseo, veinticuatro años antes de la época de nuestra historia; es decir, en 1592 por el virey D. Luis de Velasco, segundo, en la segunda vez que ocupó el vireinato. Se sembró de álamos y se cercó

Esto no era sino una parte de lo que se llama hoy la Alameda.

Martin atravesó la acequia de la *traza*, por el Puente de San Francisco, y siguió hasta pasar el tianguis en el lado opuesto al que ocupaba el paseo de Don Luis de Velasco.

Vivia por allí en una miserable casita de adoves, compuesta de tres piezas con un corralon á la espalda, una vieja que tenia fama de hechicera, y que le decian la Sarmiento.

Las tres piezas de la casa eran una sala, una recámara y una cocina, casi desprovistas de muebles.

A pesar de la mala nota de la Sarmiento, nada habia allí que pudiera despertar la vigilante susceptibilidad del Santo Oficio.

La Sarmiento no tenia en su compañía, mas que dos hermanos, un varon de treinta años y una muger de veinte, ambos sordo-mudos; el hombre se llamaba Anselmo, y la muchacha María.

La Sarmiento habia traido consigo estas dos personas en un viaje que hizo á Valladolid, como se llamaba entonces Morelia, y contaba que por caridad las habia recogido.

Anselmo era sombrío, María alegre, bonita y graciosa. La Sarmiento se entendia con ellos perfectamente, y en el mayor silencio sostenian entre los tres una de las mas animadas conversaciones.

Anselmo y María en las noches, que estaban generalmente reunidos, solian enojarse y las señas degeneraban en horribles insultos. La Sarmiento, tranquilamente para cortar la cuestion sin tener que reñirles, apagaba la luz y todo terminaba; á oscuras ni se hacen, ni se reciben insultos por señas.

La vida de la Sarmiento era muy misteriosa, pocas veces salia de su casa, ni ella ni los sordo-mudos trabajaban en nada, y sin embargo, jamas les faltaba dinero; la casa que habitaban era de su propiedad.

Algunas noches se habian visto embozados y damas, llegar á la casa y entrar en ella, los vecinos le tenian una especie de respeto ó de miedo á aquella muger, pero algunas veces se atrevian á ir á espiar por las rendijas de las mal ajustadas ventanas, y nunca lograron descubrir nada.

Alguno llegó á pegar sus ojos á esas rendijas despues de haber visto entrar una dama, y solo vió á Anselmo y á María sentados delante de una vela, haciéndose señas imposibles de interpretarse.

Sin embargo, en aquella casa habia una cosa que no se ocultaba al público, que era quizá lo que mas horrorizaba á los vecinos, y en la cual no cuidaban de intervenir los familiares de la Inquisicion.

Anselmo y María domesticaban y criaban toda clase de animales, pero con mas predileccion víboras de cascabel, de las que tenian una respetable coleccion en jaulitas de madera que ellos mismos hacian.

Algunas veces por las tapias del corral, los curiosos veian que mientras la Sarmiento se dedicaba á sus oficios domésticos, los dos hermanos sentados al sol, y dando gruñidos semejantes á los de los perros, cuando están contentos, se ocupaban en dar de comer á seis ú ocho enormes víboras de cascabel.

Aquellos horrorosos reptiles salian de sus jaulas, subian por los brazos de Anselmo, se acomodaban en el torneado seno de la muchacha, arrimaban sus caras chatas al rostro de María, como un gato que hace fiestas, lanzando un silbidillo agudo, y moviendo su lengua ahorquillada con una rapidez asombrosa.

—Ah descreidos, en esas habeis de morir—decian los vecinos.

Pero no llegaba á sucederles nada, y los mas cristianos les imputaban que tenian «compacto con el diablo.»

Habia entrado ya la noche, cuando Martin llegó á la casa de la Sarmiento y llamó.

—La paz de Dios sea en esta casa—dijo.

—Amen—contestó la Sarmiento—¿qué se os ofrece, caballero?

—Venia en busca del Ahuizote—dijo Martin con un tono brusco.

—No ha venido hoy, pero siéntese usarcé señor Bachiller Don Martin de Villavicencio Salazar.

—Calle, ¿y de dónde conoceis vos mi nombre?

—Si buscais al Ahuizote y sabeis que ellos vienen por acá, ¿qué milagro será que os conozca?

—Teneis razon, y supuesto que entre nosotros no hay misterio, ¿podeis decirme adónde hallaré al hombre que busco?

—Costumbre tiene de venir aquí todas las noches á las oraciones, porque gusta mucho de esa muchacha—dijo la Sarmiento señalando á María, en quien no habia reparado bien el Bachiller.

—Oh, y por mi fé que es una preciosa mulata, buenas noches, hermosa.

—Es sorda y muda—dijo la Sarmiento.

—¿Qué lástima!—esclamó Martin—con que esta es la propiedad del Ahuizote.

—Poco á poco, le gusta y es todo, pero nada mas, que María es niña, y á ella no le hace gracia el indio, vereis.

La Sarmiento hizo una seña á María, que seguia los movimientos de los interlocutores, con sus ojos hermosos y llenos de inteligencia y de vida.

La muchacha contestó con un gesto de profundo desdén. Anselmo alzó los ojos, vió la seña, y una débil sonrisa se dibujó en su boca.

María era una muchacha tan perfectamente formada que parecia una Vénus de bronce, y como solo traia una camisa bastante descotada, su cuello, su pecho y sus hombros ostentaban toda su belleza y su morvidez; el brillo de sus ojos, y el carmin fresco de sus labios tenian una hermosura infernalmente provocativa. Los galanes del rumbo envidiaban á las víboras, y el Bachiller, hubiera sido de la misma opinion, si hubiera sabido las escenas que nosotros conocemos.

—¿Y creeis que vendrá esta noche el Ahuizote?—dijo Martin.

—Si he de decir la verdad, creo que no.

—¡Demonio!—dijo con impaciencia Martin.

—¿Qué quereis?—esclamó la vieja tan inmediatamente, que el Bachiller se espantó como si el demonio deveras hubiera contestado á su llamamiento.

—¿Sois vos acaso el demonio, que así contestais cuando se le nombra?

—No, pero tan impaciente os miro, que os ofrecia mis servicios.

—¿Sabeis qué clase de negocio tiene entre manos el Ahuizote esta noche?

—No lo sé, pero decidme si gustais, cuál es el que á vos os preocupa, que entonces mas fácil me será deciros lo que va á acontecer.

—¿Sereis bruja por ventura?

—¿Sereis vos familiar del Santo Oficio para requerirme?

—Nada menos que eso.

—Pues bien, decidme si quereis saber algo, que yo procuraré serviros, y no os mezcleis en asuntos ajenos.

—Quisiera saber de un hombre á quien se pretende asesinar en esta noche.

—Un vuestro enemigo.

—Por el contrario, amigo mio.

—¿Sois de los nuestros?—dijo la Sarmiento, lanzando el grito de una lechuza.

—Sí—dijo Martin, contestándole con el mismo grito.

—Seguidme.

La Sarmiento encendió un candil de cobre, hizo una seña á los sordo-mudos, y se dirigió á la cocina, seguida de Martin.

En uno de los rincones habia una cuba vacía, que apartó la muger con gran facilidad, y debajo una gran losa con un anillo de fierro oculto por un monton de basura.

La Sarmiento tiró del anillo, se levantó la losa, y á la luz del candil, se descubrió la entrada de un subterráneo y los primeros escalones de un caracol de piedra.

—Bajad—dijo la Sarmiento, mostrando la entrada á Martin.

Martin vacilaba.

—Bajad y no tengais miedo—insistió la vieja.

Para que un hombre resista á la palabra «miedo» salida de la boca de una muger, aun cuando esta muger sea una harpía, se necesita que este hombre, esté como se decia en aquellos tiempos: «dejado de la mano de Dios.»

Martin entró sin vacilar al subterráneo, y la Sarmiento le siguió cerrando tras sí la entrada.

Descendieron como veinte escalones, y el Bachiller se en-

contró en una gran bóveda, que á lo que pudo ver con la escasa luz del candil, daba paso á otras varias de la misma especie.

Entonces la bruja se puso delante de él, y le dijo:

—Aquí sí yo os guiaré, porque no conoceis el terreno, seguidme.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1946. 1623 M. S. TERREY, MEXICO

IX.

Cómo el negro Teodoro probó que no necesitaba de armas.

EL Oidor era hombre de un valor á toda prueba, no de los que se animan ante el peligro, sino de los que lo buscan y lo desafían. Un peligro le amenazaba aquella noche en la calle, y sentía una necesidad, una especie de vértigo para buscarlo y encontrarlo cuanto antes.

Don Fernando estaba enamorado, y todos los enamorados han sido, y serán siempre, lo mismo. Doña Beatriz sabía que se tramaba su muerte, y Don Fernando se hubiera creído deshonrado si hubiera dejado de salir á la calle esa noche; creía Doña Beatriz que había tenido miedo.

Además, tenía urgente necesidad de ver al Arzobispo, de saber la resolución del virey.

El negocio de la fundación del convento de Santa Teresa, estaba de tal manera identificado con sus amores, que creía servir á Doña Beatriz ayudando al Arzobispo.

Cerró la noche y D. Fernando se dispuso para salir.

Sin embargo de su valor, creyó necesarias algunas precauciones.

Vistióse bajo su ropilla, una ligera cota de maya de acero, perfectamente templado, y que podía resistir el golpe de un

puñal sin perder uno solo de sus anillos; y además de su espada y de su daga prendió en su talabarte dos pequeños pistoletos, se caló un ancho sombrero adornado de una pluma negra, se cubrió con un ferreruelo de vellorí y salió á la calle.

Registró con la vista por todos lados, pero nada pudo descubrir á pesar de que el cielo no estaba entoldado como la víspera, y la luna alumbraba bastante.

Don Fernando echó á andar, y detrás de él se destacó un bulto que comenzó á seguirle á cierta distancia; pero sin alejarse mucho ni perderle de vista.

El Oidor caminaba de prisa, pero podía notarse que cuidaba siempre que le era posible de ir por la mitad de la calle, y no torcer en las esquinas cerca de los muros de las casas.

El hombre que le seguía debía ir descalzo, porque sus pisadas no producían el menor ruido marchando como los gatos, sin que pudieran sentirse sus pasos.

En esos días estaba en construcción el templo de la Catedral, y casi todo el terreno que esta ocupa, estaba lleno de andamios, de montones de piedra, de madera, de inmensos bloques de granito, en fin, de todo eso que formando para los profanos un caos inesplicable, es el pensamiento del arquitecto que va con la luz de la inteligencia á moverse, á ordenarse, á colocarse, á formar una maravilla del arte, y á materializar en una mole gigantesca una idea encendida en la pequeña cabeza de un hombre.

Desde allí se descubría la puerta del Arzobispado, y entre aquellos materiales acumulados se perdió, como que se desvaneció, el hombre que seguía al Oidor. Era indudablemente el lugar más propio para ocultarse, y para vigilar á todos los que entrasen ó saliesen del palacio del Arzobispo.

Don Fernando preguntó por su Ilustrísima, y un familiar le hizo entrar inmediatamente.

—¡Albricias!—dijo alegremente el Arzobispo al ver á Don Fernando.

—De las mismas—contestó el Oidor, siguiendo el humor del prelado.

—El virey da su beneplácito para continuar la obra inmediatamente; aquí está la orden.

—Mil parabienes.—¿Pero cómo logró tan pronto su Ilustrísima.....

—¡Ah! no ha sido poco el trabajo: su Excelencia estaba realmente prevenido, ese Don Alonso de Rivera, y su amigo Don Pedro de Mejía (Dios se los perdone), han trabajado con un teson digno de santa causa.

—Pero al fin.

—Ahora vereis, al llegar al palacio pareciome mas prudente consejo tener vista con mi señora la vireina, que como sabeis, muestra particular empeño en nuestra fundacion porque allá en su mocedad estuvo algunos meses en un convento de Carmelitas descalzas, y su santo celo nos ha dado tambien en sus dos hijas piadosos auxiliares para nuestra empresa. Su Excelencia debia entrar á la cámara de la vireina pocos momentos despues que yo, pero tiempo tuve suficiente para prepararla, así como á las dos niñas; de manera que ellas y yo, tanto instamos y rogamos, y suplicamos, que su Excelencia no pudo menos de darme la orden que yo solicitaba. ¡Ah, señor Oidor! Este ha sido un triunfo que hemos alcanzado, y que es preciso aprovechar sin pérdida de tiempo.

—Yo aseguro á vuestra señoría Ilustrísima, que mañana en la tarde no conocerá el lugar en que las casas existieron.

Y el Arzobispo y el Oidor continuaron, lo menos por dos horas, hablando de sus planes.....

.....

.....

Teodoro, que seguia á D. Fernando, se ocultó en las obras de la nueva Catedral: buscó un lugar desde donde observar la puerta del Arzobispado, y colocándose á su sabor se quedó inmóbil.

Una hora habia permanecido allí confundido por su color negro con la sombra del naciente edificio, cuando sintió un leve rumor de pasos que se acercaban por el mismo camino que él habia traído.

Con mucha precaucion levantó la cabeza y vió tres hombres que procuraban ocultarse tambien, muy cerca de el lugar que él ocupaba.

—Está seguro—dijo uno de ellos al otro: está en el Arzobispado.

—Tan seguro, que yo le ví entrar desde la pared de enfrente adonde me dijiste que me quedara de vigía.

—Sí debe ser, porque quien nos manda me dijo que debia venir esta noche á ver al Arzobispo, y que por aquí debia pasar al retirarse.

—Seguro es el golpe.

—Ahora esperad, y silencio.

Y todos callaron: Teodoro no habia perdido una palabra.

Mucho tiempo trascurrió así, y Teodoro observaba de cuando en cuando una cabeza que se alzaba muy cerca de él para mirar la calle que venia del Arzobispado: la luna estaba ya en la mitad del cielo.

Por fin sonó una puerta y se percibió un bulto negro que, saliendo del palacio del Arzobispo, se dirigia al lugar de la emboscada.

—¿Es él?— dijo uno de los hombres.

—Debe ser—contestó otro;—pero es necesario estar muy seguros, y sobre todo no precipitarnos, porque anda siempre bien armado, y es diestro.

—Pero solo

—No le hace.

El bulto se acercaba más y más.

—Él es, dijo uno.

—Listos!—contestó el otro.—Y los tres sacaron de la vaina sus puñales sin levantarse.

El bulto se percibía ya claramente; era el Oidor y pasaba por delante de los hombres ocultos.

Entonces sin hacer ruido, y como si hubieran sido unas sombras todos, se alzaron; pero no advirtieron que no eran ya tres sino cuatro.

—A él!—gritó uno precipitándose; sobre el Oidor; pero antes que hubiera podido acercársele recibió en la cabeza un golpe terrible, que le hizo caer á tierra sin sentido. Don Fernando tiró de la espada y se puso en guardia; pero la precaucion era inútil: al mirar su actitud, el auxilio inesperado que le llegaba y la caída de uno de ellos, los asesinos echaron á huir.

Ni Don Fernando ni el negro pensaron en seguirles, el Oidor quedó con su espada en la mano, y el negro con su habitual indiferencia, cruzados los brazos, contemplándole y teniendo en medio de ellos el cuerpo de aquel hombre, que no se sabia si estaba muerto, ó privado.

—¿Quién sois, y qué quereis?—preguntó Don Fernando al mirar que el negro no se movía.

—Soy el negro Teodoro, y solo quiero servir á su señoría en lo que me mande.

—¿Teodoro! ¿qué haces aquí?

—Seguir á usía.

—¿Seguirme? ¿y para qué?

—La señora mi ama sabia que esta noche querian la muerte de usía.

Don Fernando se puso pensativo.

—¿Ella te ha mandado?

—No, yo le pedí licencia para acompañar á usía en esta noche.

El Oidor volvió á callar por un rato.

—¿Este hombre está muerto?

Teodoro se inclinó y puso su mano en la boca, y luego en el corazon del hombre.

—Está vivo—contestó.

—¿Con que le heriste?

—Con mi mano.

—Seria bueno llevárnosle.

El negro sin esperar mas, levantó al herido, que gimió débilmente; como hubiera podido alzar á un niño, y se volvió como para esperar una nueva orden.

—Vamos, dijo el Oidor, mirando si en el suelo habia algo.

—Aquí está el arma de éste—dijo Teodoro levantando un puñal del suelo.

Don Fernando guardó su espada y se puso en marcha seguido del negro que llevaba á costas al herido, avanzaron un poco y se oyó un rumor de pasos: eran dos hombres que traian la direccion opuesta y con los que debian encontrarse.

—Ah de los que van!—dijo uno de los dos.

—Alto los que vienen!—contestó Don Fernando sacando la espada.

A la luz de la luna se vieron brillar los estoques de los que venian. Teodoro puso en el suelo con mucho cuidado al herido, y se colocó al lado de Don Fernando.

—¿Quién va?—dijo una voz.

—Oidor de la Real Audiencia—contestó Quesada adelantándose.

—Mi señor Don Fernando de Quesada.

—Señor Bachiller—contestó el Oidor.

—Lado sea Dios, que encuentro á su señoría, porque en alas del temor, hemos venido en su busca. ¿Ha tenido su señoría.....?

—Un mal encuentro; pero á Dios gracias que con el refuerzo de Teodoro, ni yo tuve por qué sentir, ni ellos por qué alegrarse: mirad.

—Teneis un cautivo.

—Es la proeza de Teodoro, pero retirémonos que no seria prudente que así nos viesen.

—Si no le disgusta á usía, me tomaré la licencia de acompañarle.

—No cabe disgusto en lo que causa satisfaccion: acompañadme.

Teodoro alzó su carga y los cinco llegaron á la casa del Oidor.

—Ahora, señor Bachiller, dijo el Oidor, tócame mi turno de ofreceros en esta noche la hospitalidad que á tales horas, témome que no encontréis abierta vuestra habitacion.

—De grado acepto—contestó Martin—y no temo incomodar á su señoría, porque algunas cosas tengo que poder comunicarle.

—Pues pasad.

—Permitame usía despedir á este compañero.

El Bachiller habló algunas palabras con el embozado que le acompañaba, y éste se retiró, haciendo una profunda carabana al Oidor.

El negro habia permanecido firme cargando á su hombre.

Cuando estuvieron dentro ya de la casa y cerrado el zaguán, el Bachiller dirigiéndose al herido, dijo:

—¿Y de éste, qué dispone su señoría?

—Lo veremos.

Un lacayo trajo un cándil.

—No lo conozco—dijo Martin.

—Yo sí—agregó el Oidor,—y sobre todo por la librea. Es un paje de la casa de Don Pedro de Mejía; por mi fé que no perdona mi señor Don Alonso medio de oponerse á la fundacion.

—¿Creeis?

—Estoy seguro.

—Encargaos de ese hombre—dijo á sus criados Don Fernando, y subid vosotros conmigo—agregó dirigiéndose á Martin y á Teodoro.

X.

Lo que había visto y sabido el Bachiller en la casa de la Sarmiento.

LA Sarmiento guiaba alumbrando á Martin en el subterráneo; en el fondo de la segunda bóveda había una mesa cubierta con una bayeta negra, vieja, y llena de manchas y de agujeros.

Las bóvedas eran un confuso depósito de objetos raros y horribles, esqueletos, cráneos, animales vivos ó disecados, cajas y vasijas de figuras estrañas, armas, vestidos, libros, paños, bolsas y sacos de todos tamaños, hornillos y braceros, yerbas, flores, ramas y troncos de árboles, pero así, como perdiéndose, ocultándose entre sombras sin contornos, sin precision, como desvaneciéndose unos objetos en los otros.

Martin era hombre de talento, y procuró no mostrarse admirado de nada.

—Valiente coleccion de porquerías guardais aquí—dijo á la Sarmiento.

La vieja volvió el rostro para verle, entre admirada y cólerica.

—¡Qué entendeis vos de todo esto!—contestó—sentaos.

El Bachiller se sentó en un sillón de baqueta negra sin bra-

zos, y que tenía un respaldo alto, que casi terminaba en punta.

—Hablemos—dijo la Sarmiento.

—Ante todo, permitidme que os diga que con perdon del Santo Oficio, tanto creo en las brujas, como creer en el Purgatorio, y así podeis escusaros de intentar conmigo hechizos, que será perder vuestro tiempo.

—Mas convencido quedareis al salir de aquí, de vuestra ignorancia, que yo lo estoy de que teneis que acabar vuestra vida en las cárceles secretas del Santo Tribunal.

—No me digais eso ni de chanza, que de la Inquisicion tengo tanta fé de que existe como de Dios.

—Producciones teneis para salir con el sambenito.

—Dejemos eso y vamos á lo que me habeis prometido.

—Vamos—decis que se trata de asesinar esta noche á un hombre.

—Sí.

—¿Y quereis saber si morirá hoy ó muy pronto?

—Holgárame de saber la verdad.

—Bien, ¿teneis sobre vos alguna prenda suya?

El Bachiller se registró.

—Ninguna.

—Entonces escribid su nombre en este pergamino.

La bruja presentó un pequeño pedazo de pergamino al Bachiller, tomó éste una pluma y puso el nombre del Oidor.

La bruja encendió un candil de forma estraña.

—¿Qué es eso?—preguntó Martin.

—Es un candil que se alimenta con sangre humana, y la mecha está sacada de sudario de un ajusticiado.

El Bachiller se sonrió con desprecio. La bruja tomó el pergamino y lo acercó á la llama, el pergamino se incendió produciendo una luz blanca y hermosa.

—Este hombre está enamorado y correspondido.

—¿En qué lo conocéis?

—En la luz blanca.

Luego se apagó repentinamente.

La Sarmiento recogió las cenizas.

—Este hombre no poseerá á la muger que ama.

—¿Por qué?

La luz se apagó de repente, y las cenizas quedaron negras.

La Sarmiento trajo una gran bandeja de acero y mezcló allí diferentes líquidos, pero siempre quedaban transparentes y limpios.

—Poned cuidado—dijo al Bachiller—si al arrojar las cenizas en esta agua se pone roja inmediatamente, vuestro amigo morirá hoy de mala muerte; si no, cada burbuja de aire que salga será un mes de vida que le quede, hasta que el agua cambie de color y entonces morirá, si el agua se torna verde, su muerte será tranquila; si roja, morirá de mala muerte.

Martin no creía, y sin embargo, estaba trémulo y su corazón latía con una violencia terrible y no se atrevía á separar los ojos de la vasija.

La bruja dijo entre dientes algunos conjuros y arrojó en el agua las cenizas.

Martin contuvo hasta la respiración; la Sarmiento tenía las manos extendidas sobre la vasija, una víbora silvaba en uno de los rincones de la bóveda, los dos candiles encendidos encima de la mesa producían una especie de chisporroteo siniestro.

El agua permaneció limpia, derrepente se agitó en el medio y una burbuja apareció en la superficie y reventó luego.

—Una—dijo Martin, arrojando su aliento contenido.

Volvió á agitarse el agua y otra burbuja apareció.

—Dos—dijo Martin.

Las burbujas continuaban brotando.

—Tres, cuatro, cinco.

—Cinco—repitió el Bachiller, mirando con ansiedad que no salía otra,—cinco.

El agua parecía querer hervir, arrojó una especie de humo y repentinamente se puso roja como si hubiera sido de sangre.

—¡Jesus!—dijo Martin apartando el rostro espantado.

—Cinco meses de vida, y morir de mala muerte—dijo con solemnidad la Sarmiento.

—Es imposible—dijo Martin— os habeis equivocado.

—Lo desearia, porque tanto veo que os apena, pero temo que no.

—Cinco meses no mas, y morir.....

—Asesinado.....

—¿Asesinado?

—¿Quereis saber quién le matará?

Martin reflexionó.

—¿Podré matarle yo antes?—dijo.

—No, porque entonces faltaria el pronóstico.

—Entonces no.

—Como gusteis.

Martin inclinó la cabeza, y luego repentinamente dijo:

—Sí, sí, probad á decirme quién le matará, ¿podeis??

—Haré por conseguirlo.

La Sarmiento puso sobre la mesa un hornillo y comenzó á meter en él trozos de madera que tenían formas y colores raros, y entre los cuales algunos parecían manos, otras cabezas, otros brazos.

—¿Qué leña es esa?—preguntó Martin preocupado.

—Son pedazos de estatuas de santos.

El Bachiller no estaba para objetar aquella profanación.

La bruja encendió en el candil una pajueta de azufre, y la colocó entre la leña: la llama se alzó.

El humo de la pajueta y el que arrojaba la pintura de la madera que servia de combustible, producian un olor sofocante.

La bruja colocó sobre el hornillo la vasija con el líquido que habia quedado rojo, y comenzó á decir conjuros dando vueltas en derredor de la mesa.

Poco tardó el líquido en entrar en ebullicion y exhalar un vapor luminoso: la Sarmiento mató la luz de los candiles.

Martin creia soñar con el resplandor rojizo de la llama, la casa de la Sarmiento, y los objetos que alcanzaban á alumbrarse tomaban formas fantásticas; parecian animarse y moverse los esqueletos, los animales disecados, todo se agitaba con la vacilante claridad de las llamas, y en medio de todo, la vasija arrojando un vapor luminoso y blanco, en el que Martin nada veia, pero en el que la Sarmiento parecia leer.

—Ese hombre morirá por mano de un amigo suyo.

—Pero ¿quién es? ¿Una seña? ¿Un indicio?

—Es un jóven..... sí, muy jóven..... esta tarde le ha visto..... ahí están..... juntos..... el amigo le da una cosa..... no les veo los rostros..... le da una alhaja, una alhaja de la muger que el muerto ama..... un cintillo....

—¡Muger!

—Sí, le da un cintillo..... y ese..... ese es el que lo matará..... su asesino.

—Mientes, mientes bruja infernal—esclamó el Bachiller precipitándose sobre ella y tomándola de un brazo.—¿Dí que mientes; ó aquí tú serás la que muere.

—Estais loco,—contestó la Sarmiento sin inmutarse,—¿por qué os he de decir que miento? Vos quisisteis saber la verdad; no os agrada; tanto peor para vos.

—¿Pero estás cierta de lo que dices?

—Jamás evocacion ninguna, me ha salido tan clara.

—Pues sácame de aquí; sácame pronto.

—¿No quereis saber nada mas? Esta noche estoy de buenas.

—Nada quiero saber, sácame de aquí.

—Sea como quereis; pero esperad.

La Sarmiento volvió á encender la luz que le habia servido para bajar al subterráneo, apagó el fuego del hornillo y colocó todo en su lugar.

—Vamos—dijo impaciente Martin.

—Vamos: pero antes juradme que ni en el Santo Oficio, puesto en cuestion de tormento revelareis la existencia de este lugar, ni vuestras relaciones conmigo.

—Lo juro á Dios.

—No, no es á Dios á quien debeis jurarlo.

—¿Pues á quién?

—Al diablo—dijo la Sarmiento, haciendo una especie de reverencia.

El Bachiller vaciló.

—¿Qué hay?—dijo la bruja.

—Pues lo juro al diablo.

La vieja tiró de una reata que pendia del techo, y se oyó un rumor como el que produce un carro que rueda en un empedrado.

—¿Qué es eso? preguntó Martin.

—Vuestro juramento ha sido recibido.

A pesar de su valor y de su escepticismo, Martin se estremeció.

—Vamos—dijo.

—Vamos,

Subieron la escalera del caracol y se encontraron en la casa.

Con los sordo-mudos habia un nuevo personaje.

Era un hombre de la raza indígena pura, con su tez c6briza, su pelo negro y lacio, sin barba, y con un escaso bigote.

Vestia una ropilla ordinaria de velludo, con calzon de escudero y unas medias calzas de venado: estaba envuelto en un tabardo gris y conservaba en su cabeza un sombrero de anchas alas.

Al sentirse en otra atm6sfera, el Bachiller recobr6 su sangre fria y le pareci6 como que todo no habia sido sino una pesadilla.

—Ahuizote—dijo al recién venido—creía que tenias aventura esta noche.

—SÍ—contest6 el Ahuizote—un riquillo que queria que lo acompañáramos á sacarnos una muchacha, pero le entr6 miedo y se arrepinti6.

—¿Y podrás acompañarme?

—¿A dónde?

—Vamos á impedir que asesinen á un amigo mio.

—Te ayudaré—dijo el Ahuizote, parándose.—¿Quién es él?

—Don Fernando de Quesada—el Oidor.

—No voy—dijo sentándose otra vez el Ahuizote: yo no defiendo gachupines.

—Es un amigo.....

—Aunque.

—Bien, no vayas; pero recuerda que no es él quien te pide compañía, sino yo. Quedad con Dios, señora Sarmiento.

—Él guie á su merced, señor Bachiller.

Martin abrió la puerta.

—Oye—dijo el Ahuizote.

—¿Qué cosa?

—Siempre te acompaño.

—Vamos.

—*Nican timocuepas*—dijo la Sarmiento en idioma mexicano al Ahuizote—que queria decir—vuelve acá.

—*Moztla teotlac*—contest6 el Ahuizote—mañana en la tarde.

—*Tlacoyohuac tihuallas, ámo teotlac*—(á media noche vienes, y no en la tarde).

—*Quemá*—(sí)—contest6 el Ahuizote saliendo.

El Bachiller no entendi6 ni una palabra, pero tampoco pregunt6.

Y los dos se dirigieron precipitadamente en busca del Oidor hasta encontrarlo, acompañado de Teodoro que conducia al herido.